

J. Á. GONZÁLEZ SAINZ

Ojos que no ven



Cuando la vieja imprenta local en la que Felipe Díaz Carrión llevaba media vida quebró, él se quedó sin trabajo y sin posibilidades de conseguirlo. Era la época en que se emigraba a las industriosas poblaciones del norte. Su hijo tenía nueve años, y no había día en que Asun, su mujer, no le pidiera a Felipe que se marcharan. Así que cerraron la casa y se fueron al norte. Felipe trabajó primero en la construcción, y después en una fábrica de productos químicos. Tuviron otro hijo, se compraron otra casa, y pasó el tiempo, y la vida los cambió. Porque algunos de los miembros de la familia —el hijo mayor y Asun, que quizá no soportaban ser para siempre los otros, los charnegos— no pudieron sino sucumbir a las obsesiones de identidad y afirmación.

Y éstas son algunas de las líneas del mapa del territorio de esta hermosísima novela contemporánea y ferozmente sabia, donde se anudan pasado y presente en la historia de tres generaciones. Una novela que nos habla de las persuasiones de la vileza moral como proyecto político y que pone el dedo en una de las llagas de nuestro pasado reciente. Una meditación, también, sobre las palabras y los sentidos que con ellas atribuimos o arrebatamos a las cosas.

Índice de contenido

Cubierta

Ojos que no ven

Primera parte

Segunda parte

Sobre el autor

*Para José Ramón González García,
Agustín García Simón y Ramón Aguirre Urruchúa*

Se nos ha escurrido el espinazo; hemos decidido que un hombre ya no necesita espinazo; tenerlo está pasado de moda. Pero el surco donde estaba el espinazo sigue estando ahí, y el espinazo lo conserva vivo, y algún día vamos a escurrirnos otra vez metiéndonos en él. No sé bien cuándo ni cuánto retorcimiento nos va a costar aprenderlo, pero algún día.

WILLIAM FAULKNER

Primera parte

1

Era el primer día que había vuelto a hacer lo que quizá nunca debió dejar de hacer, dijeron algunos; el primer día que, de nuevo, como imantado por la fuerza de una antigua preponderancia, había vuelto a saltar de la cama cuando aún estaba oscuro y se había preparado, ahora ya él solo y para él solo, su café negro, muy largo, con sus gruesas rebanadas de pan con miel, y el primer día que, con las primeras luces, como tantas otras veces tiempo atrás, cuando daba la impresión de que la claridad volvía a estrenar las mismas cosas que la víspera había dejado confusas y gastadas, cansinas a más no poder, y así lo iba a hacer siempre, se había vuelto a echar al hombro su chaqueta más raída y el viejo morral de hacía veinte años camino del silencio del río y el trabajo de la huerta.

Con alivio comprobó que el camino era el mismo de siempre; ni habían construido ni habían retocado nada todavía a la redonda, y andar por él, andar como si en realidad fuese el propio camino el que le anduviera por dentro, le infundió un extraño sosiego y una extraña liberación. Será que lo que permanece, se dijo, que lo que siempre es igual por muchos cambios que se puedan producir, como decía su padre o decían que decía su padre, es lo que en el fondo más libera. Las cosas que son siempre lo mismo hablan, sostenía, y lo hacen sin vanidad; aunque otra cosa es que sepamos escuchar.

Pero al llegar a la huerta todo estaba allí perdido, abandonado; dejado de la mano de Dios, se dijo. Las zarzas obstruían el sendero por el que se bajaba a la casilla de labranza y entorpecían su entrada; las lindes se hallaban corridas, fuera de su lugar, y el río parecía haberse comido

también una parte de la finca. Matojos de malas hierbas habían asentado por todo sus reales y parecían repartirse con la estricta sequedad de la tierra, paradójicamente a la vera misma del río, toda la heredad.

De la mano de Dios, dejado de la mano de Dios, se repitió varias veces para su fuero interno pensando quizás en algo más que en aquella tierra mientras empuñaba la hoz o hundía la azada para ir despejando el sendero y franqueando la entrada, para ir recomponiendo las lindes y empezar a traer poco a poco a mandamiento la tierra. ¿Pero por qué se dirá la mano de Dios, si es la nuestra la que deja abandonado y echado a perder; la que cultiva y mejora y hace crecer y también la que empeora y destroza o echa a perder?, se preguntó. ¿Acaso es ella la que pone o quita de las nuestras la azada con que recomponer unas lindes o traer a sazón una tierra, y es por tanto también ella la que a veces pone una azada, pero otras no es una azada ni una pala ni un rastrillo lo que pone sino que lo que pone —y Él sabrá por qué— es por el contrario una pistola? ¿Y si la mano pone en la mano, si la mano de Dios pone en la mano del hombre, son también sus ojos los que ponen en los nuestros, son también los ojos de Dios los que ponen el odio y el rencor o la estúpida cerrazón en los nuestros?

Según se fue echando la tarde, igual que veinte años atrás, curiosamente igual que el día que dejó de ir casi a diario por aquel camino por el que no era mucho decir que había ido desde que tuvo uso de razón, el tiempo se había ido volviendo también de pronto tormentoso. A un cielo impecablemente azul, que parecía imaginado de tan nítido, le había sucedido como aquel día un paisaje algodonoso de nubes cada vez más nimbadas de amenazas. Así que acabó de recoger todo aprisa, echó la llave a la vieja puerta de madera de la caseta que el tiempo y la falta de cuidados habían vuelto enteramente gris y, sin perder un momento, derrengado como estaba, dio la espalda a su antigua casilla de labranza y subió por el sendero expedito de nuevo y

flanqueado de matas de saúco, de visnagas y yezgos, hasta el camino que lo llevaba al pueblo de vuelta.

Al ir a entrar ya por las primeras calles del arrabal, poco más o menos como aquel otro día tan distinto y en el fondo tan especular de hacía veinte años, empezó a levantarse un aire huracanado que comenzó de repente a barrerlo y a trastornarlo todo. Como si ya no pudiese más de que las cosas estuviesen en el sitio en que estaban, el viento empezó a levantar remolinos de polvo y tierra de todas partes y hacia todas partes; las partículas de arenilla y las brozas de hierba, igual que si fueran minúsculos balines disparados a mansalva, le pinchaban en las mejillas y la frente lo mismo que agujas diminutas, y el polvo, el polvo ubicuo en que parecía haberse convertido todo, se colaba hasta por las comisuras de los ojos como para cerciorarse de que nada hubiera de quedar a resguardo de aquella vorágine.

Desde el primer momento habían empezado a volar los papeles y las bolsas de plástico por los aires igual que las hierbas y las hojas secas que el viento zarandeaba de un lado para otro. Dentro de las casas se oían portazos, golpetazos de cosas caídas, de cristales que se rompían, y una lata vacía de refrescos, que repiqueteaba saltando y rodando de aquí para allá como sólo repiquetea y rueda lo vacío, parecía poner un contrapunto de metálica oquedad a toda aquella barahúnda. Hubiera sido difícil pensar, como lo es siempre incluso momentos antes de que ocurra aquello que va a trastocarlo todo, en la de cosas que podían llegar a tambalearse, que podían llegar a caer y romperse o a desaparecer o cerrarse de golpe; en la de cosas que podían llegar a ofuscarse. Sólo a las bolsas de plástico, hinchadas y livianas, les costaba más venirse abajo; se llenaban de aquello mismo que lo sacudía todo y, de esa forma, haciéndose a más no poder a lo que arramblaba con todo, se mantenían a flote largo rato bamboleadas a capricho por el vendaval. Se parecen a algunos o a algunas cosas, pensó ahora, mirando hincharse a las bolsas de aire y repiquetear

a la lata vacía, con una sonrisa triste que el cansancio hacía aún más triste.

Inmediatamente —no quedaba ya nadie por las calles—, un descenso brusco de la temperatura precedió a las primeras gotas aisladas, unas gotazas gordas, de un diámetro incomprensible de tan gordas, que se estampaban sobre el polvo acumulado en los caminos durante semanas y semanas de sequía produciendo un sonido sordo, alfombrado y blando, como de sofocar algo extendido y disperso. Lo malo, con serlo mucho a veces, no es quizá tanto lo que sucede —se dijo Felipe Díaz Carrión pensando no sólo en las tormentas de finales de verano—, sino que la arenilla y el polvo que desprende se te mete en los ojos y no nos deja ver, y así puede ocurrir después cualquier cosa.

2

¿Qué querrá decir esta coincidencia?, se había ido preguntando durante todo el camino de vuelta a casa y aun antes, desde que empezó a barruntar ya aquel día, exactamente igual que hacía veinte años, la tormenta que se le estaba echando encima; ¿quieren decir algo las cosas, o simplemente suceden y somos nosotros los que imploramos que algo nos hable?

Desde su casa en el arrabal hasta aquella casilla de la huerta junto al río se podía ir de dos formas. Por la carretera, al otro lado del río, hasta un paso por el que en días normales, sobre todo veraniegos, se podía vadear sin dificultad la corriente, y también por el viejo camino de herradura que iba paralelo al río por el lado de su huerta. Tanto su abuelo, según recordaba a la perfección, como su padre, a quien cuando nombraba solía añadir que en paz descansen, y más tarde también él durante sus años de juventud y primera madurez, justamente hasta aquel día igual de tor-

mentoso de veinte años atrás en que echó la llave a la vieja puerta de madera para volver de vez en cuando ya sólo algún verano, todos habían ido siempre invariablemente por el camino de tierra que discurre en paralelo al río.

Dejado atrás el arrabal en que vivían, enseguida se atravesaba el viejo puente de piedra y, todavía por una carreterilla asfaltada, se llegaba al viejo molino abandonado. A partir de ahí desaparecía el asfalto y, aunque aún podían circular un trecho los vehículos, el camino de tierra batida se iba estrechando cada vez más hasta convertirse poco a poco en un camino de herradura, en una senda apta sólo para bestias de carga y hombres a pie y, no sé por qué, se diría que en silencio.

A la derecha del sendero, según se iba, a veces separadas por muretes de piedra sin argamasa o por grandes zarzales o cambronerías —también por alguna hilera de chopos o de olmos que volvían a intentar resarcirse de la grafiosis—, se extendían a lo largo las huertas hasta el río, y a mano izquierda, como si la extraordinaria fertilidad del otro lado del camino hubiese querido mostrar allí mismo su exacto reverso, se levantaban abruptamente, en tramos casi a pico y sin otra solución de continuidad que no fuera el propio sendero, los secos montes poblados de tomillares, de aulagas y cantuesos. El camino iba bordeando esos montes, primero sus laderas y cárcavas terrosas y poco después, como a tres cuartos del trayecto que les separaba de su huerta, pasaba al pie de la imponente quebrada rocosa que llamaban Pedralén. Allí, a buena altura, en una de las oquedades de la inmensa peña cortada a pico, ponían su nido, desde que él tenía recuerdo, los alimoches, los más pequeños pero no menos vistosos de los buitres.

Ahora, a su vuelta, había comprobado que, al otro lado del río, en unos ensanchaderos de la carretera, había muchos días de verano coches aparcados de curiosos que, dotados de prismáticos, se pasaban las horas muertas contemplándolos, observando con minucia su vuelo de remon-

te o de planeo y sus alas extendidas, así como queriendo abarcar la inmensidad, ligeramente curvadas hacia atrás. Miraban con regodeo a las crías en el nido, a la hembra, y también al macho, incubarlas; miraban su vuelo solitario o en parejas o esperaban ratos y más ratos, con una paciencia realmente de naturalista, a que regresaran de sus largos desplazamientos en busca de carroñas.

Era fácil que una persona normal y corriente, nunca un especialista o alguien que quisiera poner un mínimo de atención, pudiese confundir de buenas a primeras a un alimoche con una cigüeña, a un carroñero que devora cadáveres con el ave que es símbolo de la fertilidad y los buenos augurios. No dejaba de ser curiosa esa confusión —no dejaba de ser dramática, se decía para su fuero interno—, pero así era, como son a veces las cosas incluso cuando no son.

Durante el vuelo es verdad que lo que más podía llegar a destacar a primera vista era el color claro o incluso blanco del plumaje del alimoche, en ligero contraste con el negro de las puntas de las alas, pero el cuello y las patas de los alimoches, para quien se fijara bien siquiera fuese un momento, eran en efecto mucho más cortos y menos esbeltos que los de las cigüeñas.

Díaz Carrión, Felipe Díaz Carrión, sabía desde muy pequeño, desde las primeras veces que se lo llevó su padre que en paz descansa con él por el camino de la huerta, que los alimoches eran los primeros buitres en llegar allí donde había una carroña. Suelen ser rápidos y silenciosos —le decía su padre, impresionándole sobremanera—, más rápidos y silenciosos que nadie; tan grandones como son y sin embargo no arman el revuelo que organizan los otros buitres, mucho más aparatoso, por lo que a veces hasta pueden pasar desapercibidos aunque siempre estén allí desde el principio a lo suyo. Lo que ocurre, le contaba, es que a pesar de ser los primeros en llegar, hasta el punto de que a veces se diría que ya estaban allí durante la muerte de las vícti-

mas, el pico largo y amarillo que tienen, muy fino, con la punta oscura sutilmente curvada a modo de garfio, sólo les permite engullir las partes blandas de los cadáveres; las partes blandas, le repetía su padre y él se repetiría después recordándolo muchas veces y pensando seguramente en otras cosas, las partes blandas como las vísceras y sobre todo los ojos y la lengua.

Así que los alimoches —le seguía explicando su padre— necesitan que sean los grandes buitres, el buitre negro o el leonado o los quebrantahuesos, con sus aterradoras alas negras y sus tremendos picos, que da pavor verlos mal que sea desde lejos, los que abran y descuarticen previamente a los cadáveres para que así ellos, como por común acuerdo, consigan aprovecharse luego de los restos blandos de las víctimas. Sin los grandes carroñeros —le decía—, sin esas bestiazas negras y repulsivas, no serían nada; se extinguirían poco a poco o llevarían una vida aperreada e insignificante.

Es el acuerdo ancestral de los astutos, Felipe, hijo, el cálculo de los taimados y las prerrogativas de la brutalidad —le decía—, entendiera él entonces lo que entendiera; es el reparto del botín y el acceso a los despojos de los que, por lo que sea, tienen la sartén por el mango por mucho que se quejen y hasta hagan de la queja su más brutal objeto de cálculo, concluía mirando siempre al camino con una mirada que no acabó de comprender hasta que no se le puso a él igual.

Y luego callaba, caminaban uno al lado del otro y callaban, pero hablándose mucho cada uno a sí mismo o imaginándose mucho cada uno; imaginando él por ejemplo que estaba tumbado tranquilamente en la hierba del ribazo junto al río, o incluso en la cama de su habitación que daba al patio del viejo cerezo, y de repente se abalanzaba sobre él un enorme buitre negro que lo ahogaba con sus alazas y lo descuartizaba, o bien al revés, que era un alimoché que él había confundido de buenas a primeras con una cigüeña, y

había llegado incluso a querer acariciar, el que le devoraba la lengua y los ojos y le sorbía el seso y las entrañas.

La condición del alimoche, pensaría Felipe Díaz Carrión muchos años después, el acuerdo de los carroñeros, el arreglo tácito, instintivo y a la vez racionalísimo, por muchos picotazos que hasta puedan darse, de los grandes buitres negros de aterradora envergadura, superior incluso a la de las águilas, siempre al acecho con sus garras y sus picos aguzados, y el elegante alimoche blanco que hasta puede llegar a confundirse con una cigüeña y sin embargo devora las entrañas y deja sin ojos y sin lengua.

3

Debajo de la imponente pared de roca que llamaban Pedralén, en el lado del río del camino —a la derecha según se iba a la huerta— y justo en la vertical del punto más alto de la inmensa peña, se erguía ahora una modesta cruz tallada sobriamente en piedra que había sido erigida en los años que él estuvo ausente. Levantaba poco más de un metro y se alzaba sobre una peana de la misma piedra en la que estaban grabados a buril algunos nombres. Y luego ya, tras la cruz y la quebrada rocosa de Pedralén donde anidaba el alimoche desde mediados de febrero hasta bien entrado agosto, quedaba bien poco para llegar por fin a la huerta.

El camino se curvaba aún por dos veces al pie de las laderas de los montes, mientras por el lado de la margen del río, cubriendo toda la fértil anchura que lo separaba de la orilla, un tupido soto de chopos en hilera, cuyo murmullo de hojas según soplara el aire le hacía siempre buena compañía, como de recibimiento al llegar y de despedida al marcharse, extendía su frescor hasta el sendero de las matas de saúco, de visnagas y yezgos, que a mano derecha, a

unos cincuenta metros del cauce del río, concluía en su modesta casilla de labranza. En total, desde el recio portón con aldaba de bronce de su casa del arrabal hasta la puercecilla de caronchada madera gris que no había visto nunca un barniz ni un cuidado, no serían mucho más allá de los cuatro kilómetros, que Felipe Díaz Carrión, al igual que antes su padre y su abuelo, Felipe Díaz también ambos, recorrían en algo así como unos tres cuartos de hora de paso ligero y sin embargo sosegado.

Durante muchos años, durante toda su juventud y parte de su madurez, antes o después de trabajar sus horas en la imprenta de la localidad, al alba o al atardecer o bien los fines de semana, Felipe Díaz Carrión había hecho, a pie o en borriquillo, aquel camino que era para él mucho más que un simple camino o un simple enlace entre dos puntos. Enlazaba, sí, pero mucho más que dos puntos, mucho más que un punto de partida y uno de llegada, que su casa en el arrabal y su casilla de labranza en la huerta o al revés; enlazaba su ánimo interior —su alma, decía él a veces— con el mundo, y tal vez hasta con algo que estaba muy por encima o por debajo de ambos.

Aquel camino era su fuerza y su temple en la vida, era la índole de su inclinación hacia el mundo y también de su desaparición de él. Era además todo su saber, como si su experiencia de la vida y su relación con las personas y las cosas se hubiera ido forjando poco a poco sobre todo en aquel trayecto, en aquel continuo ir y venir y volver a ir y venir meditando lo que veía y viendo lo que meditaba, en aquel lento y acompasado posarse y decantarse de las cosas al ir viendo lo común en lo distinto y ver también lo mismo diferente, al ir encajando los golpes y sinsabores de la vida —al ir dejándose ganar por sus alegrías— y atravesando sus vacíos y soledades mientras oía el eco de sus pasos y el sonido impenetrable del viento en las hojas de los chopos que él interpretaba según los días y la luz y las estaciones, y de ello, de todo ello, sin que llegara a saber cómo ni